

Un sentimiento, sin embargo, había en este poeta extraordinario que merece todo el aplauso de la historia y todos los lauros por la posteridad ceñidos á los esfuerzos por el bien común. Aristófanes amaba sobre todo y ante todo la paz. Predicándola, sosteniéndola, rescató muchas faltas y consiguió el perdón de muchos y muy graves errores. En el tipo suyo, que vamos nosotros á recoger de sus comedias y á delinear para esta galería, se halla, como compendiado, todo el esfuerzo puesto en favor de la paz. Enemigo del gran trágico Eurípides por su desafección á la mujer, no deja de imitarle muchas veces Aristófanes, maldiciendo á la continua del bello sexo y vejándolo en sus más fundamentales instintos y hasta en sus más claras virtudes. Pero al presentarnos á Lysistrata en escena preséntanos lo esencial que será siempre á las sociedades humanas la mujer, y lo mucho que podrá servir al pro de todos ésta cuando al caer en la cuenta de su imprescindible poder y fuerza los vuelva contra el perverso y en favor de los virtuosos. Lysistrata representa el dolor que Atenas siente allá en su interior, viendo la despoblación de sus ciudades, la triste aspereza y esterilidad de sus campos, la mengua y disminución de su nombre, la viudez de sus hijas por causa de una guerra nutrida en

las pasiones demagógicas. Y cansada ya Lysistrata de su hogar vacío, de su lecho solitario, de su mesa destituida del goce superior entre todos los goces domésticos, recuerda la importancia suya en lo político cual en lo particular, y se propone aprovecharla para su Ática, triste y yerma. Esta idea de Aristófanes, idea verdaderamente dramática, la cual se hubiera desarrollado lo mismo en cuadro de más altura que en una sencilla comedia, prueba todo cuanto valía y todo cuanto importaba la mujer en el antiguo mundo. Allá por los palacios del Oriente semita, cuando la mujer se aloja sólo á guisa de ave prisionera en el harén, completamente imposible la idea de su magna importancia, por tan maravillosa suerte demostrada en el teatro de Aristófanes. Verdad que la caricatura en muchos lances aparece por desgracia violentísima y extrema; verdad que la desvergüenza traspasa frecuentemente allende todos los límites; verdad que lo cómico degenera en grotesco y bufón; pero verdad también lo instructivo del contraste presentado entre la horrible anulación que le han traído á la mujer sus resignaciones y el poder aquistable por un propósito firme de darse á sí misma el debido valor y la necesaria importancia. Bajo este aspecto ninguna obra del mundo antiguo tiene una trascendencia tan grande, ni pinta con colo-

res tan vivos el papel providencial representado por las mujeres en todas las sociedades verdaderamente adelantadas y cultas. Lysistrata representa y personifica todo cuanto podrían emprender y todo cuanto podrían allegar las mujeres, ejerciendo en las sociedades humanas el influjo que por su naturaleza y por su posición les corresponde. Pocas veces hase con tanta profundidad estudiado lo que resultaría en el mundo si las mujeres llegasen á concertar contra los hombres una grande huelga.

Lysistrata quiere decir licenciamiento de tropas. Y puesto que los hombres abrazan todos á una el estado beligerante, abraza ella el estado pacífico. A este fin se abre la comedia con una convocatoria expedida por la cabeza del movimiento á sus compañeras y camaradas. Por espacio de algún tiempo está enteramente sola. Si á una fiesta de Pan citara llena de festines, y á una fiesta de Baco llena de borracheras, y á una fiesta de Venus llena de crápulas, todas acudieran solícitas en busca de varias y voluptuosas emociones; pero como las congrega en bien de la patria, no acude ninguna. Al cabo, la primera en llegar, que oye sus invectivas, trata de calmarlas, diciéndole cómo las mujeres no pueden acudir á las citas con tanta facilidad como los hombres, ocupadas en despertar al esclavo remolón, vestir al niño lloroso, arreglar las cuentas del día.

barrer las estancias empolvadas, lavar los rostros sucios, inevitables pero largas futilidades. Pues he ahí lo que trata Lysistrata de impedir: el empleo en oficios ridículos y vanos, cuando reunidas todas las mujeres y al bien dispuestas pueden salvar su malherida Grecia en este trance de muerte. Nada ya de recluirse dentro de casa, perfumarse con aromas, vestirse de amarillo, calzarse peribarides, adobar el rostro con mixturas y la piel con pomadas; todo esto debe ceder al deseo de servir una patria tan grande como Grecia y sacarla de su terrible angustiosa guerra. Aunque despiertas muy de mañana y metidas en sus barcos para surcar el corto estrecho, las salaminenses no llegaban. Tampoco las sacarnienses, la mujer de Teógenes, que se hallaría consultando á Hécate, ni las beocias ni las poloponnesias. Por fin, tras mucho aguardar, llega Lampito, que representa Esparta. No obstante sus ideas aristocráticas, Aristófanes jamás llegó en todas sus retrogradaciones á la monarquía. Como procediera Pericles en su oración á los difuntos, procedió Aristófanes en su comedia *Lysistrata*. Con muchísimo donaire se mofa de las mujeres hombrunas, educadas por los ejercicios espartanos, y les dice, tras un elogio á su fornido cuerpo y á su color púrpura, que podrían con sus puños desjarretar un toro. Y no solamente se burla de su complexión demasiado

vigorosa para mujer, sino de sus costumbres, del ejercicio gimnástico que les da tanta fuerza y de los saltos en los cuales se golpean con los talones las nalgas. Así va pasando en revista las mujeres de Beocia, que huelen á poleo; las de Corinto, que cojean siempre, y todas cuantas puede haber á mano. Esta se duele de tener en Tracia á su esposo; la otra de tenerlo en Pilos siempre vigilante; quiénes de verlo entrar tan sólo para ceñirse su escudo y largarse; quiénes de no quedarles ni un millesio para consuelo de la viudez, ni un escudo para granjearse algunas copas de vino. En cuanto las lamentaciones han concluído, Lysistrata propone un medio fácil y pronto, el cual conduce á segar la causa del mal en términos de impedir su reparación y su recrudescimiento. Con su natural curiosidad alargan las mujeres el cuello á guisa de cisnes arrullados ó de corceles piafadores, y abren el oído para saber la fórmula de su esperada y salvadora receta. Los aires de una pitonisa, en el momento de bajar la inspiración á su seno y transmitirla entre arrebatos epilépticos al pueblo, toma Lysistrata para revelar su recatado secreto.

Mas, en cuanto lo dice, promueve una sublevación universal. ¿Pues no propone á las mujeres abstenerse y separarse de los hombres? Al oír esto vuélvenle todas la espalda. Y vueltas de espalda

unas mueven la cabeza, otras mudan de color, éstas se muerden los labios, aquéllas derraman copiosas lágrimas y las más convienen airadas en que dure y continúe la guerra. Lysistrata llega, viendo esto, á enfurecerse, y les dice cómo achacosas de tal incurable lascivia, no deben dolerse y quejarse por modo alguno si las maltratan y las denuestan en el teatro. Avergonzadas y heridas al reclamo de tales reconvenciones, todas ceden por último y se disponen á la extraña huelga. Recluíránse, como las diosas en el santuario, ellas en su alcoba; pintarán de iris sus uñas para más hermosearse; vestirán transparente túnica de Amorgos; y resueltas á no caer, excitarán todos los deseos, negándose por completo á saciarlos hasta tanto que hayan desistido de sus guerras y entrado en el seno de blanda y segura paz. Tras tales propósitos sucede lo que naturalmente trae consigo aparejada la costumbre de los antiguos tiempos: un verdadero juramento religioso con todas las formas rituales ofrecido y prestado. Arde la pira del holocausto, corre la sangre del cordero, rebosa el vino de Tassos en la copa de oro, suenan los versos armoniosos á la soberana persuasión, y después de haber visto la roja color del hirviente líquido, y haber abierto las narices para olerlo y aspirarlo, juran todas no rendirse á hombre ninguno mien-

tras se hallen los soberbios é ingratos metidos en la guerra. Mas no basta con tal juramento, que, aun después de cumplido y observado por ellas, quizá en ellos no ejerza ningún influjo; se necesita cerrarles todos los caminos, cortar todos los medios guerreros, detener provisiones, impedir levas y reclutamientos, acaparar el Estado, ejercer el gobierno. Una vez resueltas á tamaña empresa, no se detienen las subvertidas en barras. Hay en la fortaleza de Atenas, en la inmortal Acrópolis, un tesoro guardado por Minerva, del cual sacan los guerreros el oro indispensable á la sustentación y alimento de sus combates. Mientras tenga tal resina, de seguro no se apagará nunca esa tea de la guerra, cuyo fuego incendia las ciudades y tala y destroza los campos. Dicho y hecho: las mujeres en pelotón corren al castillo, atraviesan por sorpresa sus puertas, invaden sus senos, y declarándose propietarias de aquel elevado seguro, dispónense á una redonda negativa de todo recurso, para ver si, atribulados los hombres, en la penuria de medios ceden al cabo y firman la saludable paz pública. Imaginaos el espanto de todos, pero con especialidad muy particular de los ancianos, viendo cosa nunca vista, cómo el matriarcado revenido tras tantos siglos á las alturas sociales, y las amazonas vencidas por Teseo y por Aquiles, entrando rehe-

chas en el castillo fuerte de Atenas para restablecer una dominación secular destruída por un esfuerzo doble de los hombres y de los siglos. Frotaban sus ojos, abrían sus oídos, preguntaban unos á otros, convertían las miradas y alzaban las manos al cielo sin dar asenso á todo cuanto sucedía, cual si, presa de un sueño, todos á una sufrieran irremediable pesadilla. Pero las mujeres, gracias á Lysistrata, quedan poseedoras de su fortaleza.

Los viejos atenienses no pueden, pues, consentir el predominio de las mujeres en los negocios públicos, y se aprestan á recobrar su Acrópolis. ¿Cómo? Las mujeres, gobernadoras arbitrarias del hogar, nutridas con tanto esmero, adornadas de preces tan costosas, tiranas de la familia, no hartándose con las ventajas conseguidas por debilidad y complacencia del sexo fuerte, suben á mayores y acaparan tesoro de la ciudad, recinto de la ciudadela, estatua de Ateneas, echando barras y corriendo cerrojos como en su alcoba y en su baño. Así hacinan haces de leña muy combustibles y les pegan fuego para que formen una inmensa pira y abrasen á las demagogas irreverentes, creídas, por su mal, de haber proscrito á los hombres y destinadas á salir de la fortaleza como el rey espartano Cleomenes, debelador suyo por casualidad, y constreñido á dejarla con todos sus humos lacedemonios, tras deshonrosa

capitulación, desarmado, escuálido, harapiento, como un mendigo á quien muerden los perros. Peste de Lemos parecía el humo exhalado por aquellas faginas, según lo que ahogaba el pecho y hacía llorar á los ojos. Pero las mujeres no solían desconcertarse por tan mínima cosa. Cogiendo los cántaros habidos á su disposición, apagan unas el fuego mientras, cogiendo otras las armas, esgrímenlas como amazonas en su defensa. Los viejos atenienses alzan sus báculos para descargarlos sobre las costillas de aquellas insurrectas; pero los detiene un temor natural, el de indisponerse con sus propios hijos, hiriendo á sus amadas, mientras ellas no temen á nadie, y mojan los enemigos con el agua, los apalean muy bonitamente con las lanzas y les rompen sobre aquellos sus huesosos cuerpos los fuertes y pesadísimos cántaros. En esto viene un prolonlos, como si dijéramos, un corregidor, lamentándose de que las mujeres, acostumbradas á vociferar en los terrados por la muerte de Adonis, sonar el címbalo en las fiestas de Baco, soplar el caramillo en las fiestas de Pan, tañer la cítara en las fiestas de Apolo, conviertan la política griega en bacanal desordenada, y truequen aquella incomparable Acrópolis, semejante al casco de Minerva sobre las sienas de Atenas, en recinto de sus desafortadas asambleas, donde vierten agua sucia de

sus cántaros y sucias injurias de sus labios. Y así pagan las mujeres el que unos las regalen costosamente con broches para sus collares, otros con correas para sus sandalias, otros con gasas para hermohear sus desnudeces. Por manera que los viejos de la ciudad y los magistrados por igual se duelen del arrojo que han tenido las mujeres en aquella ocasión, y por igual deciden llevarlas á la debida obediencia.

Pero ¿quién pondrá el cascabel al gato? Cuando el magistrado las amenaza, jurando y combatiendo, resisten ellas con resistencia invencible. Inútilmente los arqueros corren á sujetarlas por la cintura y meterlas en el calabozo. Un escuadrón compuesto por verduleras, bailadoras, taberneras, cierran á una con los escitas y les dan terribles magullones, á manera de un enjambre de abejas que cualquier atrevido provoca y enrabia. Los hombres tratan de ver cómo deshacen aquel entuerto y recaban nuevamente su Acrópolis y su tesoro, puesto que, sin aquélla, no hay seguridad para los ciudadanos, y sin éste, no hay recursos para la guerra. La necesidad es tanto mayor cuanto que las mujeres, cuando los hombres les dicen que euren del huso, é hilen, contéstanles cómo son ellos los que deben rodear la cabeza de velo, ponerse al cuerpo ceñidores y mascullar habas. En estas porfías de

los dos sexos muchos viejos atenienses se desesperan y creen no haber podido llegar á menos que á verse de sus esclavas esclavos, y reclusos en la ciudad por éstas, como éstas habían estado reclusas por ellos en el gineceo. Mas, digan lo que quieran y hagan lo que hagan, las mujeres pretenden llamarse lisimacas, ó sea terminadoras de la guerra. Y si por haberse reunido en asamblea, sumándose á una en legión, puesto sus personas en cobro, parecen ellas coribantes asaltando fortalezas, en cambio, es ridículo que un jefe de caballería se coma los higos del mercado, sin apearse siquiera, ó compre míseros pececillos embrazando un escudo, sobre cuyo centro resalta formidable gorgona. Aunque los magistrados les digan la imposibilidad para ellas de poder desenmarañar la enmarañada cosa pública, ellas responden que así como convierten los vellones en hilos de lana, y los hilos de lana en urdimbres, convertirán la política en facilidades bien múltiples, pues, como en la política es donde más flexibilidad se pide, resultan las mujeres árbitras de los pueblos. Todas las atenienses parecen doncellas por casar, pues, merced á la guerra, no ven un hombre para un remedio, y se pasan la vida igualmente solitarias, viudas y doncellas, cosa tanto más triste cuanto que las mujeres pasan pronto y los hombres duran muchísimo.

El coro entona himnos republicanos contra la dominación absolutista de la mujer, muy semejantes á los entonados en otros tiempos contra la dominación absolutista de los reyes. Hay quien coge un puñal, como el puñal de Harmodio, aguzado contra los hijos de Pisistrato, y cubriéndolo de mirto, se coloca para esgrimirlo junto á la estatua de Aristógiton.

Las mujeres, por su parte, se defienden con sublimes invocaciones á todo cuanto han hecho en pro de la común patria. Ellas, apenas de la infancia salidas, llevaban en sus manos holocaustos á Minerva, sin tener siete años; á los diez molían cebada sacratísima en las muelas litúrgicas; ya mayores, entraban, ceñida la flotante vestidura de azafranado color, en los santuarios de Diana; y nubles, ponían sobre su cabeza las cestas rituales, y alrededor de su cuello los higos sacros, para cantar y danzar en las procesiones, como relumbran y ruedan las estrellas en los cielos. A tal sublevación temen los hombres que las mujeres los reemplacen, construyan naves y las remen, organicen legiones y las comanden, cabalguen sobre los corceles y los domen, vibren las lanzas y concluyan sustituyéndolos en todo y los inutilicen. Mientras así hablan los hombres, Lysistrata se queja de lo poco propensas que resultan las mu-

jeros para estas severas abstinencias en la saludable huelga. Unas abren agujeros para irse como las liebres por bajo de tierra, otras se descuelgan por medio de poleas, hay quienes les piden sus alas á los pájaros, ésta da por falso motivo para irse los apolillamientos de las lanas de Mileto, la otra su descuido en macear el lino, la tercera sus dolores de parto. Generala de todas aquellas faciosas, no hay para qué decir cómo tratara primeramente Lysistrata de persuadirlas por la razón, á fin de refrenarlas después por la guerra. Pero el genio cómico de Aristófanes encuentra bien pronto el lado ridículo de la emancipación intentada ya por las mujeres de aquellos lejanos tiempos. Un sér sujeto por las enfermedades inevitables de que la mujer adolece, no puede aspirar á trabajos tan pertinaces y continuos como los anejos á todo cargo público. Aquella heroína, por los dolores de parto asaltada en medio de la sublevación, indica bien claramente la imposibilidad absoluta de que las mujeres lleguen á igualarse con los hombres jamás en una empresa política. Y no digamos nada, ya que describimos los más salientes obstáculos con que tropieza la obra de Lysistrata, no digamos nada ni del miedo de las unas, ni del vocinglerío de las otras, ni del estado nervioso en que todas caen asombradas, ya porque las golon-

drinas llegan, ya porque vuelan los murciélagos, ya porque relucen los ojos fosforescentes de las lechuzas en el seno de las tinieblas. Pocas escenas tan cómicas y tan profundas al mismo tiempo como la escena de los obstáculos insuperables con que tropieza Lysistrata para desempeñar su gobierno sobre gentes ingobernables y ejercer un generalato, al cual se resisten, y con resistencia invencible, sus inquietos milites.

A lo mejor, no obstante contar miles de instructivos ejemplos, un esposo impaciente que grita desde fuera, levanta de cascos á la más viril amazona y la inhabilita para el servicio. Aunque Lysistrata intente retenerlas, no lo consigue. El joven que huyó á las selvas por escapar al matrimonio, y el misántropo que prefirió morir á tratar con un médico, aparecen cual verdaderas excepciones inaplicables al caso este de todo un sexo indispuerto con el otro y en huelga. Por fin llega un embajador lacedemonio, que, ostentando su escítala, ó sea su bastón de honor, pide parlamento y por ende venia para decir á todo el mundo cosas importantísimas. Aplican el oído las insurrectas con los sitiadores, y aprenden cómo allá, en Lacedemonia, van de atribulados y doloridos los hombres por faltarles factor á su vida tan indispensable como las mujeres, todas en huelga. Las heri-